

mación, que la obra que está realizando actualmente el pedagogo, bien asesorado por el artista, en gran parte muy adelantada ya, gloriosamente, ha de ser fructífera en grado sumo para el porvenir artístico de su patria que, á una voz, llena de entusiasmo y gratitud, ha de aclamar, honrando el nombre de Campa, al artista integérrimo, al literato probo y al institutor meritísimo.

FELIPE PEDRELL.

Barcelona.

CRÍTICAS MUSICALES

CORRESPONDENCIAS

DESDE PARÍS

Septiembre 8, 1908.

Lejos, muy lejos de la Patria, con el ánimo perturbado por penas personales agravadas con la separación del hogar, inicio hoy esta nueva serie de correspondencias que será como una reanudación de las que, hace ocho años, tuve el placer de enviar para las columnas de este mismo quincenal. Si hubiese de divagar estampando aquí mis impresiones de viaje, desde que crucé la frontera mexicana, pisé tierra *yankee*, surqué el inmenso Océano y arribé, al fin, á esta grandiosa capital, centro de ciencia y de arte, y emporio de grandezas y corrupciones; si hubiese de divagar, repito, y tuviesen algún interés las impresiones y los mil detalles de semejante viaje, tendría material para llenar algunas columnas de la *Gaceta Musical*. Desde luego bautizaría este artículo ó correspondencia con el mismo nombre que lleva una de las más célebres oberturas de Mendelssohn: *Mar tranquilo y viaje feliz*... Pero los hechos de carácter casi privado y familiar no incumben ni interesan al público y, por otra parte,

la índole de este periódico márcame claramente el sendero por donde debo encaminarme.

He llegado á París en época poco propicia para poder emitir juicio alguno, superficial ó sólido, en lo relativo á asuntos musicales. El verano, con sus rigores — que, á lo que parece, no fueron excesivos — desterró de aquí al gran mundo parisiense y, de paso, á los mejores artistas de teatros y conciertos. Desperzándose, y como volviendo á la vida después de un letargo, los teatros comienzan á reabrir sus puertas, y los conciertos, más perezosos aún, no reanudan todavía sus trabajos. Todos se preparan para la temporada de invierno, y los grandes teatros mantienen la curiosidad de los viajeros, entre los que predomina el elemento americano, sirviéndoles espectáculos medianos, óperas gastadas y corrientes, comedias picarescas ó dramas de relumbrón, desempeñados todos por artistas de segundo orden ó que declinan á ojos vistos.

Prueba palpable de todo ello tuve anoche al asistir á una *ejecución* — puedo subrayar sin escrúpulo — del *Lobengrin* en la Grande Ópera. Haciendo punto omiso de la soberbia *mise en scène*, con su admirable vestuario y decorado, así como de la ejecución orquestal suprema é irreprochable, no pude menos que preguntarme frecuentemente, entre desconsolado y sorprendido: ¿Es posible que esto se tolere y aun se aplauda en el primer teatro lírico de Francia? ¿Es de creerse que la decadencia del arte del canto haya cundido de tal suerte en todo el mundo, hasta provocar ejecuciones semejantes? Para justificar mi desagradable sorpresa me bastará consignar lo siguiente: Mademoiselle Hatto, encargada del papel de *Elsa*, es una *soprano* mediana, dotada de una voz penetrante que fatiga por su timbre y por el *tremolo* incesante: como actriz es muy aceptable y discreta; Mademoiselle Paquot-D'Assy (*Ortruda*) — *mezzo soprano* poco caracterizada — por la pésima calidad de su voz, su tendencia al grito (so pretexto de declamar) y poco agradable figura, no puede calificarse sino como mala, y rematadamente

mala; el tenor Alvarez (*Lobengrin*), á quien escuché durante mi anterior permanencia aquí, parecióme, desde entonces, muy inferior á su fama, pero hoy considero que está en plena decadencia. Conserva apenas aceptable una parte de su registro agudo; los restantes son terriblemente *engolados*, seminasales y, lo que es peor, prescindiendo de la calidad de la voz, Alvarez no canta justo y de cada cinco notas desafina cuatro y media...

Los artistas Lequien y Dangés, encargados respectivamente de las partes del *Rey* y *Federico*, entraron bien en sus papeles y cosecharon algunos aplausos, á pesar de que el último paréceme muy principiante aún en la escena. Nucelly (*El Heraldo*) es, sin duda alguna, el mejor artista en el grupo de las partes principales; posee una excelente y bien timbrada voz, su dicción es clara, su fraseo correcto, y gallarda su apostura en la escena. Sospécheme que los buenos elementos de la Grande Ópera andan aún veraneando y que este buen barítono es, ó un rezagado ó un feliz madrugador... No lo sé; pero sea lo que fuere, mi impresión queda consignada y temo no rectificarla si los artistas que escuché son los de primera fila.

¡Cuánto hubiera dado por hacer callar á los cantantes para escuchar libremente la magnífica orquesta! ¡Qué precisión, qué unidad tan perfecta, cuánta claridad, cuánta vida y cuánto colorido! Á la verdad que en el dominio de los instrumentos de madera, en su escuela y en la pureza de timbres, los franceses no tienen rival; las sonoridades pastosas que obtienen, las finezas que alcanzan, la expresión con que cantan, las graduaciones que logran y los matices con que juiciosamente saben predominar, representan cualidades que siempre harán victoriosas á sus orquestas. ¡Vaya una compensación por el mal rato que me hicieron pasar los cantantes!

¿Y los coros? se me interpelará. Los coros, curiosos lectores, bien en lo general y mal en determinados fragmentos. Los difícilísimos pasajes del primer acto fueron divinamente desempeñados; pero toda la *Marcha Nupcial* fué cantada casi medio

punto bajo, y el efecto fué desastroso. Por más que el director de orquesta gesticulase y se debatiese en medio de aquella tormenta, la cosa no tenía remedio y así continuó hasta el descenso del telón. Y sin embargo el público se desbordó en estrepitosos aplausos!.... Debo advertir que el público y no la *claque*, porque ahora, en los principales teatros de París se lee el halagador aviso: *Está suprimida la claque*. ¡Oh! ¡si no lo estuviese!...

Tales decepciones son, en cierto sentido, consoladoras para el extranjero que, como yo, puede comparar los adelantos y la situación artística de su patria con los progresos tan decantados de este Viejo Mundo y de este centro tan amante y cultivador de lo bello. Es verdad que nosotros no poseemos un teatro como la Grande Ópera, ni una orquesta tan perfecta y disciplinada, ni una masa coral tan nutrida; pero tenemos sobrada intuición, gusto musical innato y cierta conciencia artística, que no nos permitiría tolerar un cuadro de cantantes tan mediano como el que anoche se ensañó contra la inspirada partitura de Wagner.

Diversa impresión me produjo la ejecución en la Ópera Cómica de una encantadora obra de Erlanger escrita sobre la linda novela de Pierre Louys: *Afrodita*. No es ésta — la ópera — nueva para el público parisiense, pues data su estreno de 1906; mas sí lo fué para mí, y á la verdad que, si no provocó mi entusiasmo ni me arrancó profundas emociones, sí fué para mi espíritu motivo de esparcimiento. El asunto — conocidísimo en México entre los cultivadores de las bellas letras — es altamente poético y de aquellos que no pierden transportados á la escena y cantados por un músico soñador y dueño completo de su arte, como Erlanger. Aunque es verdad que, siguiendo una corriente malsana, á mi juicio, el compositor suele deslizarse en la pendiente del decadentismo á la moda, compensa sus vaguedades y sus forzamientos con rasgos abundantes de bella inspiración. Creo que se extravía cuando rebusca para parecer

original; además, no siempre se subtrae á la influencia de Wagner — un bello duo de amor está francamente calcado sobre el de *Tristán*; — pero la propia inspiración surge á menudo en la obra y esa inspiración es entonces poética y embriagadora. De esta obra podría decir que irradia color y destila perfume. Es vaga y ardorosa, es dulce y tiernamente triste... Y si á la poesía del asunto y á la poesía de la música adunamos la poesía de una *mise en scène* como solo se puede contemplar y admirar aquí en París, se tendría explicado el por qué de mi grata impresión.

No podría detallar, toda vez que una sola asistencia no me da derecho más que para transmitir impresiones; pero sí debo hacer mención de varios números corales, de un colorido bailable, del apasionado y sensual duo de amor, de los *intermedios* á cual más bellos, especialmente de uno escrito fluidamente en forma canónica, y del final — *el sepelio de Chrysis* — que deja en el ánimo la más melancólica y tierna emoción.

Por más que quisiera dar mayor extensión á esta correspondencia, me es imposible porque la verdadera vida de arte aún no renace aquí. Espero tener mejor suerte en Bruselas, á donde me dirigiré la semana entrante y de donde enviaré mi próximo artículo para la *Gaceta Musical*. Hoy he cumplido como he podido. Dispensen mis lectores y reciban mis afectuosos saludos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

EN LA CASA DE SAINT-SAËNS

(CONFIDENCIAS)

Bruselas, Septiembre 23, 1908.

Nada nuevo diría á mis amigos, y poco á los lectores de esta publicación, si consignase aquí, una vez más, el respeto que me merece el ilustre compositor francés y la admiración que siempre le he rendido y que, acrecentada por los años, háse transformado en verdadero culto. Y esa admiración es tanto más real, más positiva y sincera cuanto que, nacida bajo el influjo de su talento dúctil y superior, hasta ser maravilloso, ha echado en mí hondas raíces al calor de un afecto compartido, del que me envanezco y me jacto con todas las apariencias de un inmosto. Y no creo serlo, en rigor, al lanzar esta confidencia á la publicidad, toda vez que atribuyo la excelente voluntad y la solicitud del Maestro para conmigo, á una buena suerte indudable, mas no á un imposible reconocimiento de méritos individuales: mi afecto encontró eco... y nada más.

Muchos años hace — quince aproximadamente — que, movido por esa admiración adunada con el reconocimiento que inspira

quien alecciona, tuve la audacia de escribir al Maestro adjuntándole algunas composiciones publicadas, á la sazón, en Alemania. Á semejante rasgo de audacia y de ingenuidad juvenil — puedo llamarlo así — Saint-Saëns correspondió enviándome la más deliciosa y literaria de las cartas. Movidó por el natural temor de que el wagnerismo invadiese la Francia (como efectivamente la ha invadido) y de que ganase terreno aun en los « países del sol », exponíame sus ideas sobre el particular con todos los fundamentos que constantemente ha consignado en libros y artículos; explayaba sus ideas personales con inmenso talento y, entre período y período, tenía la deferencia de aconsejarme y aun de analizar algunos fragmentos de mis propias composiciones. ¡Cómo no sentir profundo reconocimiento y veneración por quien así me honraba y distinguía!

Excuso añadir que esa carta, terminada con una invitación á mantener correspondencia asidua, fué el punto de partida de otras y otras que conservo como reliquias y que estrecharon insensiblemente nuestras relaciones.

Natural era que, al hacer en 1900 mi primera visita á Europa, cifrase en ver á Saint-Saëns uno de mis mayores empeños. Por desgracia, y según su arraigada costumbre, viajaba por entonces el compositor; pero á su llegada á París tuvo la deferencia de invitarme á un concierto en la casa del profesor Diemer, concierto consagrado á la audición exclusiva de algunas obras suyas. No se han borrado de mi memoria las horas deliciosas que pasé, agasajado bondadosamente por el gran artista, escuchando sus obras ejecutadas la mayor parte por él mismo, y sintiéndome menos débil y raquítico al lado de verdaderas celebridades artísticas. Fué esa la ocasión única en que pude conversar brevemente con Saint-Saëns; empero, esa ocasión no era propicia para saciar mi deseo de intimar con él cual lo deseaba, y, lo confieso sin ambages, entre el placer de escuchar su música en aquella rica y aristócrata sala, codeándome con artistas de primera magnitud, y el que me habría proporcionado un íntimo

tête-à-tête con el Maestro, jamás hubiese vacilado en preferir el último. Mas no pudo ser de otra suerte; pocos días después partí para Italia y Alemania, y no volví á ver más á Saint-Saëns.

Después... después fuí casi ingrato é incorrecto: no volví á comunicarme con el Maestro.

Los años pasaron, ocho largos años deslizados á la carrera, con la velocidad de un tren *expresso*, dejando algunos de ellos en el camino de mi vida leves huellas de ventura y muy hondos surcos de penalidad...

Los años pasaron, y cuando al destino plugo lanzarme nuevamente á este Viejo Mundo en pos de arte, de nuevos conocimientos, de explotable observación y de un poco de consuelo, cifré uno de mis afanes en volver á estrechar la mano del primero de los compositores — no sólo de Francia, sino del mundo entero — y en reanudar con él aquella breve é interrumpida conversación.

Temía, y con todo fundamento, que Saint-Saëns me hubiese olvidado; mas, por fortuna, mis temores resultaron infundados. Según sus hábitos, no se encontraba en París; asistía en Béziers á la ejecución de alguna obra suya en el famoso teatro al *aire libre* que anualmente, y durante el verano, organiza verdaderas fiestas de arte. Á Béziers, pues, dirijí una carta al compositor, exponiéndole mi vivo deseo de saludarle.

Su respuesta no se hizo esperar; fechado el 5 de Septiembre, recibí de Béziers el siguiente billete:

« Cher confrère

« La semaine prochaine je serai rentré à Paris où j'espère bien vous trouver encore; je serai charmé de vous revoir. —
B. S. M. C. Saint-Saëns. »

Ya se comprenderá la ansiedad con que aguardé el regreso de Saint-Saëns. Cuando cinco días después acudí á la casa

Durand, editora del compositor, y se me informó que acababa de llegar y podría aún salir de París de un momento á otro, no tuve un instante de vacilación: antes de una hora estaba á la puerta de su habitación situada en la calle Longchamp número 17.

— ¿Está el Maestro? pregunté á la *concierge*, una simpática anciana llena de afabilidad.

— Suba usted — me replicó — llame en el segundo piso.

— ¿El Maestro? volví á preguntar allí al mozo que acudió á mi llamada.

— ¿Á quién debo anunciar?

— Haga el favor de entregarle mi tarjeta.

Y después de un minuto de espera:

— El señor está ocupado; pero le ruega se sirva pasar y esperarle unos instantes.

Y así diciendo, el criado me introdujo á una sala de medianas proporciones que procuraré describir. Figuraos un aposento lujoso sin ostentación, en el que el predominio del color blanco del estuco en muros y *plafond*, puertas y vidrieras, contrasta dulcemente con las variadas tintas de las tapicerías y el matiz uniforme de los muebles de nogal. Frente por frente de la puerta de entrada, dos amplios balcones que permiten un verdadero derroche de luz; entre ambos el estrado tapizado de Gobelinos; á la izquierda un piano de cola Erard; en el centro una linda mesa incrustada; al derredor de los muros, algunas vitrinas repletas de curiosidades y recuerdos; en los muros infinidad de retratos de artistas, de monarcas y de damas aristócratas; entre las dos puertas opuestas á los balcones, una espléndida pintura de Benjamín Constant representando al Maestro; en un ángulo, un busto en bronce del mismo; muy cerca, una mascarilla de Rossini; sobre la tapa del piano, una preciosa estatua de Liszt, una fotografía-reproducción de la madre de Saint-Saëns y otra de Puccini con esta dedicatoria: « Al gran Saint-Saëns. Su gran admirador. »

Entreteníame en tomar nota mental de tales detalles, y acababa de abrir la primera página de un soberbio libro publicado para festejar el centenario de Berlioz y dedicado á Saint-Saëns, cuando éste apareció por una puerta situada á mi derecha.

No podré describir la emoción tan intensa que experimenté cuando, con su amable sonrisa y benevolencia, me tendió los brazos é insistió en manifestarme que no me había olvidado....

La conversación se entabló desde luego, tan viva y casi locuáz por parte de Saint-Saëns, como tímida y torpe por la mía.

Hablóme un poco de arte, otro poco de sus viajes y de sus obras, algo de sus proyectos y también de las simpatías que le inspira nuestro país.

En arte es un amante de la verdad y la naturalidad así como de la pureza de la forma; no oculta el cariño que siente por sus obras; así por ejemplo, al manifestarle mi predilección por una de ellas, el *Henry VIII*, me inició su simpatía por la misma, y aun me indicó que pronto se cantaría en Monte Carlo, á donde podría escucharla en el próximo invierno.

Se considera feliz viajando y disimula su afición por los viajes diciendo que va á donde le llama la ejecución de sus obras... y á donde el invierno no se haga sentir con exceso. Á mis preguntas acerca de sus últimas composiciones y las que tiene entre manos, deferentemente puso en las mías tres trozos para canto (uno de los cuales con acompañamiento de violín) y añadió:

— Acabo de publicar una pequeña *Marcha* á cuatro manos, escrita de compromiso y á instancias del Khédive de Egipto; pero no le obsequio con ella por que es... *¡ une misère !* No vale la pena. Ignoro si conoce una transcripción que acabo de hacer de la *Sonata en si bemol menor* de Chopin. No se ejecuta mucho la original porque es muy difícil: creo que el arreglo á 2 pianos, á que me refero, es más sencillo y de buen efecto. Se lo enviaré para el Conservatorio.

En cuanto á nuevas obras... tengo terminada la música escé-

nica para la obra de Brieux, titulada: *La Foi*. Es un asunto interesante y he escrito una música de sabor netamente egypcio, que va á parecer extraña. Voy á mostrarle la partitura. Y así diciendo desapareció por la puerta de la izquierda, regresando al instante con un volumen empastado en rojo, cuyas primeras páginas apenas me atreví á recorrer.

— Escribo también, y aún no termino, un Salmo, el número 150, para voces y orquesta, que me fué pedido durante mi estancia en Nueva York. Se publicará allí, en la casa de Schirmer, y si le interesa le haré conocer un número, el 5, que concluí ayer mismo.

Para corresponder á mi respuesta, naturalmente afirmativa, Saint-Saëns se sentó al piano y entonó con voz terriblemente nasal, las primeras notas del coro (un unísono sobre la *dominante de si bemol*); en seguida ejecutó la parte orquestal (cuarteto y órgano) con una facilidad extraordinaria, no obstante las dificultades de una enmarañada polifonía.

No pude disimular la impresión que me causara el bello fragmento y exclamé con toda ingenuidad: « ¡ Pero, Maestro, esta música tiene todo el gusto y el espíritu de Bach ! »

— Desgraciadamente — me replicó. Y al observar mi asombro, añadió: Sí, desgraciadamente, porque habría yo deseado ser más original...

Había transcurrido más de una hora y, por más que me contrariara, comprendí que era llegado el momento de decir adios al gran artista.

— Aún nos hemos de ver — díjome Saint-Saëns — si es que realiza su deseo de escuchar el *Henry VIII*. Espero que nos encontraremos en Monte Carlo.... ¡ Ay! — añadió — ¡ ojalá fuese en México! ¡ Cuánto desearía ir á ese país *del sol y de los volcanes!* Estuve á punto de emprender el viaje cuando viví en Nueva York; pero estaba enfermo y tenía otros compromisos aquí.

— Pero — me atreví á replicar tímidamente — usted, querido Maestro, que huye de los rigores del invierno y busca

refugio en los países del sol ¿por qué no se resuelve á honrar-nos con su visita? ¡Le admiramos tanto allá!

— ¡Oh! no — replicóme Saint-Saëns ya en el pasillo de la escalera — no, es imposible.... Todos los inviernos estoy comprometido en Monte Carlo, y además, ya no sería tiempo : ¡he cumplido setenta y un años!...

Preso aún de intensa emoción, en un estado de desequilibrio mental que no podría describir, salí á la calle llevando conmigo el obsequio del Maestro, un precioso retrato y un valioso autó-grafo musical.

En un estado de inconsciencia extraño pero dulce, avancé unos cuantos pasos sin saber hacia donde los enderezaba. La bondadosa acogida de Saint-Saëns, sus artísticas reflexiones, sus agasajos, que estimo más porque sé que no los prodiga, me habían trastornado verdaderamente. ¿Podré decir que me sentía embriagado de satisfacción?... Lo estaba, á no dudarlo; y cuando á poco andar se dibujaron ante mi vista la inmensa mole del Trocadero y el colosal tejido de encajes de la Torre Eiffel, no quise divagarme con su contemplación. Dí media vuelta, descendí una escalinata que conduce al Sena, asalté el primer vaporcito que atracó, y acurrucado en un rincón, mirando sin ver todos los primores de arte y belleza que desfilaban ante mí, decíame con acento de vanidad, de que no me arrepiento : Hoy he visto algo tan grande como todo esto... Cerraré los ojos....

UN NOTABLE PENSIONADO MEXICANO EN BRUSELAS

MANUEL LUNA Y SU MAESTRO CESAR THOMSON

Colonia, Octubre 12, 1908.

Al arribar á Bruselas en la primera quincena del mes próximo pasado, tuve la grata impresión de ser recibido en el andén por tres compatriotas : nuestro Ministro mexicano, el Licenciado Francisco L. de la Barra, viejo amigo de mi niñez, á quien siempre he debido manifestaciones de leal afecto, y dos ex alumnos de nuestro Conservatorio : Manuel Luna, pensionado por nuestro Gobierno para perfeccionar sus estudios de violín, y Manuel Calderón, buen discípulo de piano de César del Castillo, á quien el azar lanzó á los Estados Unidos — refiérome á Calderón — y ha vuelto á lanzar á esta cultísima Europa, como para imponerle el deber de reparar, por cuenta propia, el tiempo y el trabajo perdidos.

Sentirse estrechado por brazos amigos, oprimir manos leales que tiemblan de emoción, escuchar en la lengua patria palabras confortantes y de bienvenida, puede reputarse una felicidad

cuando tan lejos se está del hogar; y en verdad que me sentí relativamente feliz en aquellos instantes placenteros. Mi buen amigo la Barra evocaba en mi recuerdo todo un pasado lejano y apacible, media vida de ilusión y aspiraciones; Luna y Calderón me hablaban de arte, es decir, de otra media vida de luchas y entusiasmos, de ensueños y decepciones; pero los tres, por diferentes que fuesen para nivelarse, se fundían ante mí en una sola unidad y me sugestionaban una sola imagen: la de la Patria querida, con todos sus amores y con todos sus encantos... Ellos eran para mí México y yo era México para ellos; y así fué cómo de México se habló largamente, con la devoción que inspira la distancia. Pero era forzoso hablar también de Bruselas, de su rico ambiente artístico, de su Conservatorio y, en toda oportunidad, del reciente triunfo de Luna en ese plantel tan bien organizado como severo.

Luna es modesto y sencillo; para quienes no le conozcan debo describirlo como un jovencito de nuestra raza indígena, débil, raquítico y de constitución enfermiza, cuyo aspecto físico está en absoluta contradicción con su legítimo talento, y con su energía para el trabajo. Nadie creería en su resistencia, y sin embargo, está reputado en el Conservatorio como uno de los alumnos más tenaces para el estudio y, quizás, como el primero entre los trabajadores. Y conste que no fué ningún compañero suyo quien así lo calificó, sino su propio maestro, el admirado artista Thomson.

Supé también los antecedentes y pormenores de su concurso, en el que, al otorgar el premio, el Conservatorio ha dado por terminados sus estudios; y después de arrancar á Luna todos los datos relativos, no sin luchar con una modesta resistencia de su parte, quise presenciar una lección dada por Thomson, pues hay que advertir que Luna ha continuado estudiando privadamente con el gran profesor.

Previo el aviso de Luna á Thomson, dos días después fuí conducido á su casa. Habita el profesor en la misma calle que el

discípulo, en la Rue Van Eyck, limpia, bonita y elegante, y en rumbo decentísimo, á proximidad del lindo bosque de la Cambre. Fuí introducido á un vasto gabinete — el de trabajo de Thomson — profusamente bañado por la luz matutina de un día primaveral. Aquí y allí los emblemas del arte; un piano frente á una inmensa ventana con vista á coqueto jardín; librerías tapizando los muros; libros y papeles á granel; un atril próximo á la ventana, con geroglíficos borroneados con pluma y lápiz; una gran mesa en medio del gabinete y algunas poltronas diseminadas irregularmente.

Luna esperaba al maestro con visible inquietud, aunque con ademán respetuoso. Yo también debo confesar que siento siempre cierta emoción cuando debo verme frente á frente de una celebridad.

Thomson no se hizo esperar mucho; después de unos minutos apareció por el fondo y entabló conmigo larga y sabrosa plática, después de la presentación de rigor.

¿Qué fué lo que habló? Difícil me sería trasladarlo al papel: un poco la fragilidad de mi memoria y otro poco de discreción, me impiden reproducir aquí su plática: me bastará asegurar que fué el Arte el tema obligado, al que se mezclaron las más prudentes observaciones acerca del régimen y la enseñanza de los Conservatorios y las cualidades de los profesores. Thomson, que, como se sabe, es un gran artista, es también un admirable profesor queridísimo y respetado dentro y fuera del Conservatorio y en toda Bélgica: por eso sus palabras, sabias y oportunas, fueron acogidas por mí como útiles consejos. Pero mi sentimiento de natural gratitud quedó casi opacado por el de orgullo, reflejo y orgullo patrio por cierto, cuando señalando á Luna me dijo espontáneamente:

— Si en su país hay muchos muchachos como éste, deben Vds. los mexicanos estar satisfechos. Yo creía indolentes y perezosos á los individuos de esta raza; pero Luna me ha demostrado lo contrario: *es un trabajador á toda prueba y ha hecho en*

un año lo que otros no logran en cuatro. Verdaderamente estoy orgulloso con su triunfo, que fué en perfecta lid, y cuento con que he de acabar de formar un artista *que llamará la atención.* Vd. le escuchará y observará sus grandes progresos.

Y adelantándose hacia Luna, que se había agazapado entre el muro y el piano, y que le miraba y me miraba emocionado y ostensiblemente satisfecho :

— ¡Vamos! ¡Veremos!... ¿Qué es lo que trae Vd. ahora?

— La *Ciacona* de Bach, maestro — replicó Luna.

— Vamos á ver.... nos afinaremos. Y así diciendo, tomó Thomson su magnífico violín.... y comenzó la clase.

Thomson, que habla y fuma sin cesar, cuando enseña habla un poco menos, pero fuma hasta masticar su tabaco. Escucha atentamente y aconseja sin cesar; mas cuando llega la ocasión, habla, grita, canta, gesticula, prorrumpe en poco dulces interjecciones y empuña á cada momento el arco para mostrar cómo se vence una dificultad ó cómo se debe interpretar un pasaje. Para expresarse, usa de figuras poéticas, busca símiles adecuados y completa con el ejemplo. Su mirada, que tiene algo de imperiosa y penetrante, pretende sugestionar al alumno, que no despega sus ojos de los suyos; pero ¡ay de este si no se asimila al pensamiento del maestro! Thomson, que normalmente es afable, se arrebata cuando no es comprendido, y entonces.... entonces es capaz de hacer retemblar los muros con la energía de sus interjecciones....

Por fortuna no me tocó presenciar escena semejante, y no escuché de Thomson para Luna más que valiosos consejos... y un buen fragmento de la *Ciacona* de Bach.

Quise estudiar aún á Thomson, y dos días después asistí á su clase del Conservatorio repleta de alumnos y señoritas de todas nacionalidades, incluyendo á los belgas que predominan. Thomson era el mismo; colocado en el centro de un círculo formado por los alumnos, todos violín en mano, y el maestro también, éste hablaba, gesticulaba, gritaba é iba recorriendo uno á

uno, mostrando siempre y corrigiendo siempre. Era el mismo á quien había visto cara á cara con Luna.... pero multiplicado por veinte.

Entre las muchas impresiones gratas que tuve en Bruselas, no olvidaré ciertamente la que me proporcionó la visita á las clases de Thomson. Pude confirmar en ella el influjo que ejerce un gran profesor sobre sus discípulos, persuadiéndome, además, de que, cuando la personalidad artística se impone, cuando el consejo y el ejemplo son sanos y deben ser fructuosos, todos los medios son buenos para llegar al fin, siempre que entre los alumnos y el maestro se establezca una corriente de amor y de confianza, dentro de los límites del respeto mútuo. Fatalmente los alumnos creen en Thomson y naturalmente le adoran. Thomson espera de ellos, y como es un ambicioso de gloria, les da, con amor, cuanto puede darles. Así se explica que esas clases sean tan codiciadas y que de año en año produzcan mejores resultados.

Thomson está actualmente en la fuerza de la edad; tiene cincuenta y un años y representa la edad justa. Al decir de alguien, su cabeza recuerda un poco á la de Van Dyck; no me lo parece, en realidad; pero sí puedo afirmar que su fisonomía es muy simpática, que hay en su mirada relámpagos de genio y que su amplia frente coronada por grises cabellos es verdaderamente la de un artista.

Luna, que debió mucho á su primer maestro, al inteligente Rocabrana, mucho á nuestro Conservatorio — como se complace en repetirlo, — y muchos va debiendo al Gobierno, acabará de ser formado por Thomson y, seguramente, heredará muchas de sus grandes cualidades.

Puedo anticipar que las va heredando ya. Le escuché varias veces y le acompañé al piano personalmente y pude comprobar la belleza, amplitud y riqueza de su sonido; su dominio ya completo de la técnica; su sentimiento profundísimo y la pureza de su estilo. Luna será un gran violinista, como lo augura

Thomson, y habrá de proporcionar satisfacciones y gloria á su Patria.

¿Quereis, ahora, saber cuáles son los méritos de su admirado maestro? Pues allá van esbozados inteligentemente por un escritor italiano :

« En sus manos — dice Antonucci — el violín se transforma en instrumento divino. Y, además, no es solamente el impecable ejecutante, el que domina las más arduas dificultades y los pasajes más rápidos, el que realiza los saltos más inesperados y los *pizzicati* más insuperables; no es sólo el maestro insuperable de la complicadísima técnica del violín; es también el intérprete magnífico que, con el espíritu alerta y despierto, pasa de lo grave á lo caprichoso, de lo apasionado á lo ligero, desenvuelta y eficazmente; es el intérprete que, con igual habilidad, se pone en contacto con los más diferentes autores antiguos y modernos y penetra sus más recónditas y significativas intenciones. Revela al público el alma del violín, y por medio de ese espíritu canoro, sabe hacer cantar todas las pasiones, reír todas las alegrías, llorar todos los dolores.

« Las humanidades de Arte reviven en esos sonidos, en sus siglos respectivos. Así resurge la humanidad doliente, á veces, y profunda de Beethoven; la romántica y lírica de Mendelssohn; la íntimamente poética de Chopin; la fuerte y severa de Bach; la fresca y ágil de Paganini, y las de Wienawsky, Vieuxtemps, Hubay, Tartini, Sarasate, Rubinstein y Brahms; toda una pléyade de hombres que tuvieron un sueño y lo cantaron; toda una larga teoría de genios que legaron algo de su sér, que dejaron caer algunas lágrimas de su llanto, que dejaron escapar algunos gritos de su alegría, todo ello en las páginas de su música, y que ahora, bajo el arco maravilloso, reviven y cantan. »

PAUL GILSON

UN GRAN COMPOSITOR BELGA

Berlín, Octubre 25, 1908.

No sería aventurado asegurar que, entre las personas poco familiarizadas con el movimiento musical y con la crítica contemporánea, el nombre de Gilson es el de un desconocido. Y sin embargo, muchos años hace que resuena gloriosamente en Europa y es motivo de justo orgullo para el encantador país que le vió nacer. Hoy por hoy, puede calificarse, y se califica á Gilson, como el primero de los compositores belgas, considerándose que en él se adunan las mejores cualidades que garantizan la superioridad de un artista: potencia creadora indudable, suma originalidad, dominio absoluto de la técnica de la composición, espíritu investigador, grande erudición é inmenso acopio de conocimientos en muchos ramos del saber humano. Sin tener en cuenta la diferencia de edades, cabría decir que Gilson es el Saint-Saëns de Bélgica; como el gran maestro francés, es un artista completo, menos clásico — si es

lícito consignarlo así — pero más avanzado en ideas y más personal ó libre en la forma que Saint-Saëns. Es también, como éste, buen literato, poeta, crítico y un lector encarnizado de literatura artística y enciclopédica.

Hace algunos años que la crítica me reveló el nombre de Gilson, y cuando un poco más tarde, recorrí las deliciosas páginas de su ópera *Princesa Rayo de Sol*, tan llena de novedad y poesía, encontré justificados y hasta débiles los elogios de sus apologistas y me sentí atraído é interesado por el joven compositor y por sus obras. Á éstas érame fácil conocerlas, si no en las debidas condiciones, cuando menos á la lectura; pero tener la satisfacción de conocer personalmente á Gilson, me habría parecido un anhelo irrealizable, hace apenas unos cuantos meses. Y sin embargo, el destino acaba de proporcionarme tal satisfacción que, artísticamente, puedo reputar como una de las más agradables y de las que huella más intensa han dejado en mi espíritu, no tan sólo por el propio valer del compositor y por lo que le enaltecen quienes le comprenden, sino por la revelación de un carácter extraño, mezcla de ardor y decepción, y de una vida misteriosa consagrada fatalmente al arte, pero de manera recóndita y austera.

Conocí á Gilson durante mis cotidianas visitas al Conservatorio de Bruselas: es ahí profesor de armonía, desde hace algunos años, y tuve el placer de concurrir á una de sus clases. De esa primera entrevista, en la que Gilson me favoreció con cuantas informaciones le pedí, resultó una bondadosa cita para su domicilio, con objeto de intimar un poco con él y hablar largo y tendido acerca de arte. Conociendo, por buenos informes, su carácter huraño y retraído, consideré su invitación como síntoma favorable para mis designios, y con toda puntualidad acudí á la cita referida.

Gilson es pobre; sus obras poco ó nada le producen y vive del producto de sus lecciones; es profesor de los Conservatorios de Bruselas y Amberes, y entiendo que particularmente

ejerce también el profesorado; pero los sueldos que percibe en los Conservatorios alcanzan sólo la suma de 3,600 francos mensuales, y de ahí que no pueda consagrarse á la composición con la constancia que desearía. Su habitación, en barrio lejano de Bruselas, es enteramente humilde y revela al bohemio: una alcoba, un gabinete de trabajo repleto é inundado de libros, y otra pequeña pieza. Fui recibido por Gilson en el gabinete, ocupado casi en totalidad por un piano de cola, atestado de volúmenes y rodeado de librerías, partituras y manuscritos. Con gran trabajo pudimos tomar asiento entre aquel *mare-magnum* y también lentamente y con gran trabajo pude penetrar levemente en aquel espíritu tan noble y tan simpático.

Con su rostro impasible, con su actitud indiferente y con su mirada, que es á veces vaga y frecuentemente maliciosa, Gilson desconcertaría, y desconcierta efectivamente, á cualquiera. Por fortuna iba yo bien preparado para el caso por algunos amigos íntimos suyos, y con cierta astucia procuré captarme la confianza relativa á que puede aspirar un desconocido á nombre del arte y de la admiración. El hielo se fundió bien pronto y Gilson me dejó entrever sus tristezas, sus decepciones y su amor intenso por el arte.

« No escribo como desearía — me dijo — porque tengo que trabajar para vivir; además, no siempre me comprenden y el aliento que me infunden mis amigos no compensa los desvíos del público. La crítica ha sido benévola, generalmente, conmigo; pero también ha errado respecto de mis intenciones ó no las ha comprendido. Aquí tiene Vd., por ejemplo, este ballet: *La Captive*, con el que voy á obsequiarle; quise darle diversa forma que la usual, quise hacer una acción dramática cuya música tradujese sentimientos y emociones esbozados con la mímica en el escenario, y todos, hasta los críticos, echaron de menos los valsos lentos y las vulgares polcas acostumbradas en semejante género...

— Pero, *La Princesa Rayo de Sol* — le interrumpí — y el

poema *La Mer*, tan bello y tan aplaudido, le han compensado, sin duda, de esas pequeñas decepciones...

— Sí — replicó Gilson — pero temo que esos éxitos sean efímeros; el gusto se modifica constantemente y sospecho que la manera de muchos contemporáneos tiene una influencia decisiva sobre tales fluctuaciones.

— ¿Se refiere Vd., acaso, á Debussy? — le interpelé. Por mi parte le confieso que este compositor tan en boga, no me es simpático y aun me horroriza en ocasiones.

— No participo completamente de su opinión — replicóme Gilson. — Debussy tiene un gran talento y ha hecho algo nuevo, verdaderamente original en sus obras teatrales. No se conforme Vd. con leer su *Peleas y Melisandro*, por ejemplo: es preciso escucharle en la escena, y ahí la impresión es diversa de todo punto. Casi nada comprendí de ella á la lectura, y cuando la escuché me sentí subyugado á menudo y descubrí efectos é intenciones, positivamente nuevos, que no había sospechado á la lectura. No, le repito; Debussy tiene un gran talento y ha descubierto algo; no así muchos otros contemporáneos, Ravel, entre otros, de quienes puede decirse que no se sabe lo que buscan y á dónde van.

Á veces prefiero no juzgar porque temo estar en la misma situación respecto de ellos que la mayoría del público y la crítica respecto de Wagner al realizar su grandiosa evolución. Todos le desconocieron hasta insultarle y, á la postre, su inmenso genio se impuso. ¡Quién sabe si hoy estaremos también equivocados!

— Y respecto de Saint-Saëns y Massenet ¿puedo conocer su opinión?

— ¡Oh! es muy delicado — me replicó Gilson. — Saint-Saëns es muy sólido, muy correcto; pero es un poco anticuado en su forma y la mayoría de sus obras líricas no es lograda. Massenet es muy inspirado, agradable en verdad; pero demasiado femenino; cuando quiere ser viril, fracasa.

Los alemanes también se extravían, á mi juicio. Aquí tiene Vd. esta obra de Max Reger para doble orquesta de cuerda: la idea es ingeniosa y original, pero ¿resultará acaso con esta variedad de dibujos y uniformidad de color?... Sería preciso oírla para juzgarla.

He tenido deseos de conocer algo de la primitiva música mexicana y poseo un antiguo libro que contiene algunos aires anotados; ya se lo mostraré en otra ocasión, porque lo tengo traspapelado. »

Por más que insistí en que me hablase algo respecto de sus obras y sus proyectos, no pude arrancarle más que algunas exclamaciones pronunciadas entre sonrisas de indiferencia. Gilson es el tipo del hombre modesto hasta la exasperación. Un biógrafo lo ha pintado exactamente tal cual es:

« En sociedad es de una modestia sorprendente, molesta, irritante. Escucha conversar con una atención concentrada; fijando sobre quien hable, á través de sus lentes, esa mirada clara y fría ligeramente cáustica que le desconcierta, haciéndole siempre creer que ha dejado deslizarse alguna tontería. Pero se siente uno siempre delante de un fuerte que juzga, á pesar de que nada dice. De vez en cuando, solamente, lanza una observación breve, incisiva, siempre justísima, lentamente y á media voz. »

Así es el Gilson á quien conocí.

Hablemos ahora un poco acerca de su vida y de sus obras.

Paul Gilson nació en Bruselas el 15 de Junio de 1865. Sus padres se fijaron poco después en Ruysbroeck, en donde el futuro artista permaneció hasta 1882.

El organista de esa comuna, llamado Cantillón, fué quien le enseñó los primeros elementos de su arte. Después de esta primera instrucción, el joven fué confiado á un pedagogo de la escuela de Fétis, Duyck, bajo cuya dirección emprendió la armonía y el contrapunto; terminó con Duyck sus estudios puramente teóricos, después de los que, y ya solo esta vez, se

consagró asiduamente á sus estudios de asimilación, de constante observación, á sus investigaciones, á sus pacientes compilaciones, á sus lecturas de todas clases, que le han formado un campo intelectual tan profundo, del que hoy cosecha los frutos.

Eso duró algunos años. Desde 1882, Gilson regresó á Bruselas con su familia y tomó una determinación de la mayor importancia que debía acelerar considerablemente su desarrollo: buscó á Gevaert y se puso en sus manos para perfeccionar su educación artística. Gevaert, con su alta inteligencia y su inmensa experiencia, vió claro desde luego en el alma de Gilson. Este se dedicó á trabajar é investigar con la obstinación y tenacidad que le caracterizan, y, después de algún tiempo, el maestro produjo al artista, después tan festejado.

En 1889, Gilson concurrió para el premio de Roma y obtuvo la recompensa de sus afanes, no obstante que se había presentado contra su voluntad y obligado tan solo por influencias á las que no se podía abstraer.

Gilson ha dado á conocer y publicado un número considerable de obras que no representa sino un *minimum* de las que ha producido: anualmente hace una revisión de sus manuscritos y quema implacablemente todos los que no juzga dignos de conocerse.

No obstante tal procedimiento, el catálogo de sus obras es considerable. He aquí los nombres de las que acuden á mi memoria:

Para solos, coro y orquesta: *Sinaï*, *Le Démon*, *Les Supplicantes* y *Daphné*.

Para orquesta: *La Mer* — bellísimo poema digno de conocerse en México —; una *Fantasia Scherzo*, otra sobre *Temas Canadenses*, una *Rapsodia Escocesa*, una *Danza Escocesa*, una *Suite Pastorale* (inspirada en Virgilio); una *Marcha Inaugural*, un *coro* femenil, un oratorio, *David*, y música de escena para la *Princesse Maleine*; una *Elegia* para cuarteto, una *Humoresca* para instru-

mentos de aliento é infinidad de trozos para piano y melodías vocales.

La ópera *Princesse Rayon-de-Soleil* es, sin disputa, una de las mejores obras de Gilson. Ejecutada en el teatro de la Moneda de Bruselas, en 1905, valió á su autor grandes ovaciones y los sufragios de la crítica; sirvió de consagración del talento y saber del compositor y mostró todas las exquisiteces y poesía de su temperamento. Un crítico, después de hacer examen prolijo de la partitura, resume su juicio en las siguientes palabras: «La personalidad de Gilson — amenudo cautiva de las variaciones sobre temas conocidos — se ha revelado mejor que nunca; y al lado de la maestría, del saber incontestable, á pesar del recargo de escritura y la pasión del trabajo complicado y difícil, muestra la idea firme, la línea pura, la expresión justa, encantadora ó patética, el episodio pintoresco y logrado, la frase que cautiva, y hasta el impulso que entreabre el porvenir y hace vislumbrar algo más que talento.»

Debo á la amabilidad del distinguido crítico Ernesto Closson gran parte de los datos consignados en estos apuntes; cuidadosamente los guardaba para utilizarlos en tiempo oportuno y tuvo la deferencia de ponerlos á mi disposición cuando se enteró de mi sincera simpatía por Gilson. Excuso decir que apenas he utilizado una mínima fracción del material, porque solo intenté anotar algunas impresiones y bosquejar á grandes rasgos la figura artística del inspirado compositor.

El espacio y la calma me faltan para desarrollar un verdadero estudio; empero, aliento la ilusión de haber dado á conocer en México el nombre de un artista superior, y confío en que mi buen amigo Meneses tomará nota de estos apuntes para revelar al compositor ante el público mexicano. Si mi admiración encuentra eco, me sentiré lisonjeado.